

EL MOROCHO, cribleando trigo, después PETRONA y ANTONIA, y por último MARÍA.

MOROCHO.—¡Qué se me importa a mí, que el trigo quede limpio o sucio!... Para el patrón ha de ser.... ¡qué más da!

PETRONA.—(Que entra con un vestido de porotos frescos). ¡Buenas tardes!

MOROCHO.—Ya llegaron las perdiguinas!

ANTONIA.—(Entrando). ¡Hola, Morocho!

MOROCHO.—(Indiferente). ¡Buenas tardes!

PETRONA.—Hemos venido a pasar la tarde con Marta, ¿sabes?... Parece mentira!... El molino está pegadito a nuestra casa, y si nosotras no viniéramos, ¿verdad?

MOROCHO.—(Cribando siempre). ¡Así será!

ANTONIA.—(Llamando). ¡Salí, Marta!... Somos nosotras; las perdiguinas...

MOROCHO.—La llaman al cuete, porque me parece que no va a salir... Así que, si vienen a olfatiar, ya pueden tocar la del espante.

PETRONA.—¿Qué decís? ¿Que nos marcharemos?... Ahura verás. (Se sienta y empieza a desgranar los porotos). ¡Ayudáme, Antonia!

ANTONIA.—(A Petrona, en voz baja). Preguntadle lo de la boda.

PETRONA.—(Idem). Esperáte.

ANTONIA.—(Idem). Andá, mujer; preguntále.

PETRONA.—Decí, Morocho; ¿es cierto que se casa Marta?

MOROCHO.—(Cantando sin hacer caso).

A la puerta de la Iglesia
esperando está la novia...

PETRONA.—Contestá, hombre: ¿se casa o no se casa?

MOROCHO.—Y ustedes: ¿se casan o no se casan?

ANTONIA.—(Incomodada). ¡A vos qué te importa? ¡Metido!

PETRONA.—¡Mirá con lo que sale!

MOROCHO.—¡Natural! Ya creo que tienen edad para ello, y para más, porque creo que van para viejas, ¿no?

ANTONIA.—¡Insolente!

PETRONA.—Pues, mirá, Morocho; en lo que te preguntamos no hay malicia.

MOROCHO.—Ni en lo que yo decía, tampoco. Ustedes me preguntaron: ¿Se casa Marta? Y yo les dije: ¿Se casan ustedes? Y esto les preguntó por su interés, para que no se pierda la costa de los perdigones, porque ¡sería lástima! pues al paso que van, no va a quedar ni uno para cargar una mala escopeta. De modo, que si no se casa María, cuando sea mayor, se acabaron los perdigones... (Vuelve a cribar, riéndose). ¡Y sería una lástima!

PETRONA.—Lo que vos tenés es rabia, porque no has podido casarte con Marta.

MOROCHO.—(Canta).

A la puerta de la Iglesia...

PETRONA.—¡Qué poca vergüenza tenés, Morocho!

MOROCHO.—La que me dejan ustedes que tenga, ¡y nada más!

MARÍA.—(Presentase en la puerta y se detiene en ella. Viene haciendo medias de punto). Ya he recogido las gallinas...

ANTONIA.—Entrá y sentáte, María.

MARÍA.—(Ingenua). ¡Y no me reñirán, luego?

PETRONA.—¡Querés callarte, coqueta? Déjá é charlar lo que no debés, y conta...

MARÍA.—¡Qué quieren que cuente?

PETRONA.—¡A qué te mandamos a la capilla, cabeza de chorlito?

MARÍA.—¡Es verdad!... Pues no estaba el sacristán, pero me encontré

